

la difícil argentina de 1963

POR supuesto que el título que precede pudo aplicarse a cualquiera de los últimos años del acontecer nacional, pero no hay duda de que 1963 fue difícil en grado sumo. No porque la situación política, económica o social empeorara —es difícil un peor en lo que ha ido tan a fondo—, sino porque se llegó a ese punto crucial detrás del cual asomaban el caos y la esperanza y en nuestras manos se agitaba el cubilete de la opción.

Al insinuarse 1963, escribíamos desde estas mismas páginas: "En nuestro propio país, 1963, con sus obscuras perspectivas, no deja de ofrecer algunos rayos de esperanza. En el orden político, la fijación de la fecha de las elecciones y la decisión firme del gobierno de hacer cumplir el plan político; en el orden económico, la seguridad de que ya no puede mantenerse una dirección como la actual y que es necesario realizar un enérgico cambio; en el orden laboral, la misma clarificación en torno de las grandes líneas que permitirán a los dirigentes sindicales definirse hacia una superación de lo realizado hasta ahora; en el campo cultural, la Universidad de Buenos Aires acaba de dar su repudio a toda aventura marxista y lo ha conseguido a través de los procedimientos más serenos y, al mismo tiempo, más seguros". (*Estudios*, N° 540.)

* * *

El camino para obtener las metas esperanzadas ha sido arduo y no podemos afirmar que —con seguridad— las tengamos en las manos. El proceso político puso al país, como fue normal en los últimos años, al borde del caos y consecuentemente de la guerra civil. Primero la inseguridad y el temor de quienes conducían el proceso preelectoral y luego las intentonas revolucionarias retrasaron lamentablemente su marcha. Pero se llegó a su

fin y éste es un dato real y altamente positivo para todo el futuro político. Las elecciones del 7 de julio, con todo lo que en ellas hubo de improvisado y, en cierta medida, de arbitrario, introdujeron un factor muy grande de calma y de esperanza que sirvió para esfumar fantasmas forjados en mentes desconectadas de la realidad comunitaria y que se encuentran en todos los sectores minoritarios de nuestra población. La verdad, en cambio, es que el pueblo, en su inmensa mayoría, busca, por tendencia natural, paz y trabajo. Así el país no ha vibrado en los últimos ocho años con ningún movimiento que pretendiera encauzarlo a través de la violencia o las promesas demagógicas, fueran estas de izquierda o de derecha. Por eso se fue a las urnas, a pesar de todas las consignas en contra, no para elegir un ser providencial sino para salir de un atolladero que el pueblo comprendió intuitivamente era la peor situación para el país. Cualquier solución surgida de las elecciones era preferible al estado de desequilibrio propenso a todos los excesos en el que el país se debatía. De allí lo imprevisible del resultado y lo utópico de pretender afirmar que en esas elecciones se votó por un programa partidario. Si la Argentina cuenta hoy con un Poder Ejecutivo se debe a la sensatez de los dirigentes políticos que no quisieron hacer valer sus porcientos electorales, pero de ninguna manera a que el pueblo en sus mayoría hubiera escogido un programa partidario determinado. Lo reconoció así el mismo Presidente de la Nación en el discurso inaugural de sus actividades. Se prefirió, finalmente, a quienes más esperanzas de serenidad ofrecían. Ninguna promesa utópica o posible conmovió a la ciudadanía. En cambio la actitud adoptada durante la campaña electoral por el partido que resultó triunfante pudo más que toda clase de promesas. No se atacó a un sector político —el peronismo— ni se lo buscó demagógicamente. Se aceptó la suerte corrida por los compañeros en armas y las condiciones propuestas para la consulta electoral. El deseo de actuar positivamente por parte del pueblo fue el último factor que inclinó, tan levemente, la balanza en favor del partido que hoy gobierna.

Se abrió así una esperanza desde el mismo siete de julio, apenas se conocieron los resultados. Y la espe-

ranza se ha concretado, por parte de la población, en una respetuosa expectativa que deberá ser transformada en realidad gozosa a través de las medidas del Gobierno. No se le puede pedir mayor prueba de sensatez cívica a un pueblo tantas veces engañado.

Conviene que los actuales gobernantes tengan presente todo esto en su gestión para no derivar a partidismos o actitudes que canalicen esa expectativa hacia el desengaño y sus lamentables secuelas.

Se insinúa ya cierto malestar pero se está a tiempo de remediarlo. El partido gobernante no debe olvidar que su caudal electoral no fue suficiente para imponer una mayoría y que en los diversos colegios electorales recibió un efectivo apoyo por parte de las más diversas agrupaciones políticas. Todo esto lo obliga a la máxima ecuanimidad y a no pretender aparecer como depositario único de la voluntad popular. Debe mantenerse una línea de mutua tolerancia prometida en todos los órdenes. No se puede retrotraer al país a concepciones políticas, educacionales o culturales preteridas. Los avances reales en estos campos son patrimonio de la comunidad nacional, sea cual fuere su origen ideológico o político. La alegría de la victoria, conseguida con el apoyo de muchos, no debe cegar la visión del conjunto; de lo contrario se convertirá indefectiblemente en nuevo origen de dolorosos contrastes. La Comunidad nacional debe anteponerse a cualquier interés personal o partidista, y el bien común pide hoy no abrir nuevas heridas y permitir el más rápido cicatrizamiento de las antiguas.

* * *

La situación económico-social del país sigue siendo la más comprometida, y luego del período de euforia artificial provocado asimismo por el resultado electoral ha vuelto a caer en una atonía que las primeras medidas del nuevo Gobierno no han conseguido quebrar. La insistencia en el rubro petróleo con sus matices de afirmaciones demagógicas contrarrestadas por la realidad de las medidas adoptadas ha provocado un cierto desconcierto poco favorable a la confianza necesaria en el campo de los negocios. La existencia de dos tendencias en el mismo equipo gubernamental, expresadas en los distintos tipos de manifestaciones y declaraciones, no

permite hacerse una idea clara de lo que el Gobierno realmente quiere. Mientras tanto, problemas que el pueblo siente mucho más en carne propia, como la desocupación y el alza de los precios, no han sido afrontadas con la misma preocupación, o al menos no han provocado medidas que realmente se hayan mostrado eficaces.

Por parte de todas las fuerzas comprometidas en este proceso se nota un mayor esfuerzo por un entendimiento. En este sentido ha crecido la armonía entre empresarios y dirigentes sindicales, cuya importancia puede ser decisiva. En esto los empresarios deben dar ejemplo a través de una mayor conciencia de sus deberes sociales. Y los dirigentes sindicales, advertidos por su experiencia del siete de Julio, deben propender a despolitizar cada vez más el organismo central y ofrecer una colaboración eficaz en todos los problemas en torno del trabajo. Estas dos realidades están pidiendo una política económica objetiva y ágil por parte de los ministerios respectivos. Política que desgraciadamente todavía no se ha manifestado.

Por parte de los mismos teóricos de la economía bueno sería encontrar un acuerdo substancial que ofreciera al Gobierno un camino recto y seguro para la solución de los diversos problemas. Lo difícil es encontrar quien obre desprejuiciado con respecto a ortodoxias económicas o a planteos políticos. Es esta, sin embargo, una de las mayores necesidades del país.

* * *

El ámbito de la cultura cae más difícilmente en las líneas de un balance.

La educación como fundamento de la cultura no ha logrado ni su equilibrio ni su planeamiento cada vez más urgentes. Las cifras nos hablan especialmente de deserción escolar y de estrecheces materiales, pero las causas de las mismas no suelen mencionarse con toda objetividad. El pueblo está cansado de una instrucción que no responde a las necesidades de una nación en desarrollo como la nuestra. Poco se ha hecho para poner al día un sistema que tuvo su momento de acierto ante una población en aluvión. Pero esa ya no es la situación argentina, aunque los dirigentes educacionales no pa-

recen haberse dado cuenta. Perimidos sectarismos creen solucionar el problema eliminando una porción de la educación que, sin destacarse demasiado sobre la otra, ha cumplido y cumple una misión que al Estado le resulta, al menos, más barata. La enseñanza privada, ejercicio de uno de los derechos básicos del hombre, reconocidos por nuestra Constitución, merece mejor consideración que la expresada por grupos minoritarios dentro de la docencia. En este orden de cosas una actitud nítida de las autoridades será el mejor antídoto para salvar al país de nuevos pasos en falso en materia tan delicada y, sobre todo, para evitar rivalidades superficiales que retarden las tareas más serias.

Las universidades del país han seguido realizando una tarea seria y en las dependientes, al menos económicamente, del Estado, se ha notado, a Dios gracias, una disminución del espíritu de politiquería que el peronismo y su eliminación provocaron. La misma competencia que en su tanto significan las universidades libres no es ajena a este hecho promisorio. Dirigentes, profesores y alumnos comprenden cada vez más que la labor del universitario no se mide por el esfuerzo de denunciar abusos políticos en las aulas o en los claustros, sino por la seriedad y la contracción a un trabajo cuyos resultados se medirán en los años de madurez del mismo estudiante. Sería tentador en este aspecto hacer un estudio de los mismos hombres de gobierno y su eficiencia comparada con su actividad en los años universitarios.

El difícil año de 1963 llega a su término y el país lo ha superado con un balance final promisorio. No están resueltos todos los problemas, ni se avizora un porvenir rápido seguro. Será necesario todavía un gran esfuerzo de todo el pueblo argentino, desde su presidente hasta el último peón, para que el país alcance un nivel económico, cultural y político a la altura de sus mejores antecedentes. En lo político se ha logrado un principio de solución a través de la comprensión por parte de todos los partidos políticos. La segunda prueba para el campo político vendrá de las próximas sesiones del Congreso. El afianzamiento de la democracia necesita urgentemente un Parlamento eficaz y capaz de pensar en los grandes problemas del país y no en las meras

rencillas de comité. El voto de confianza que la nación ha otorgado al Poder Ejecutivo quiere hacerlo extensivo al Congreso, y las sesiones extraordinarias que seguramente tendrán lugar todavía en el 63 serán una muestra de lo que se puede esperar. No olviden los partidos políticos el sentido de ese voto.

Si se mantiene el ambiente político en paz, las medidas económicas aunque sean mediocres podrán contribuir a mejorar el panorama nacional. Si son excelentes podrán influir en el mismo ambiente político. Lo importante es que el Gobierno no piense en medidas demagógicas y llamativas sino en las que realmente pueden canalizar los esfuerzos de todo el país para aumentar nuestro rendimiento y acelerar un desarrollo en peligroso estancamiento.

En el orden cultural y educacional la obligación corresponde ante todo a los grupos familiares y docentes y no al Gobierno. Las iniciativas privadas deben orientarse cada vez a profundizar en los grandes problemas de la educación y no meramente a resolver problemas inmediatos generalmente económicos. Esta es, quizá, la falla más importante de la educación privada.

En el orden moral y religioso esperamos que la influencia del Concilio Vaticano II se haga notar también en nuestro país a través de una cordialidad en las relaciones entre los hombres de cualquier tendencia, siempre que se respeten los valores más humanos. El respeto al hombre, aun al equivocado, deberá extenderse a su moralidad y, por lo tanto, un intenso esfuerzo contra la corrupción deberá notarse tanto en el campo privado como en el público.

Por eso, al terminar este año pródigo en dificultades y comienzos de solución invitamos a nuestros lectores a que junto con el Te Deum agradecido por las bondades del Señor, coloquemos una oración esperanzada y persistente junto a Dios, fuente de toda razón y justicia, para que la Argentina no sea infiel al mandato de grandeza y amor que ese mismo Señor inscribiera en su destino.

LA DIRECCIÓN